

Por la República

A medida que se va viendo claro que la República es orden, porque los hechos no pueden desmentirse, una fuerte corriente parece formarse resueltamente favorable á esa forma de gobierno. Lo que era solamente patrimonio de intelectuales, amantados en la Revolución Francesa (aunque lo diga Pidal, ello es una gran verdad), trasciende al dominio público y, por el ejemplo, se impone á la mayor parte de la opinión.

Por la República se lucha hoy en todas las naciones de Europa constituidas aún en Monarquía. Únicamente que las latinas, como observa muy juiciosamente un gran escritor, quieren antes el nombre que la cosa, mientras los pueblos del norte van directamente á la cosa, sin preocuparse del nombre. República quiere decir soberanía popular, es decir, que el hombre, por ser tal, es libre y soberano, sin más límite que los dictados de su conciencia, y esa soberanía la tienen ya conquistada la mayor parte de las naciones de Europa, mejor dicho, todas, si exceptuamos á España. España no la tendrá en tanto no reconozca la Constitución la libertad de cultos.

No importa que el emperador teutón hable de derecho divino; ahí está su pueblo completamente libre de sus destinos, afirmando su derecho. No importa que el Czar se crea emperador y papa; ahí están los cadetes, poniendo los cimientos de la soberanía del pueblo. Todo eso es república, pues no es más que la confrontación de los hechos haciendo retroceder la hipótesis primordial, es decir, la idea del poder divino, la hipótesis teológica, sobre la que pretendieron ingertarse todas las monarquías. La confrontación de los hechos destruyendo la base misma de la monarquía, ésta podrá subsistir por un periodo más ó menos largo, según sea la política de los reyes; pero más ó menos tarde, forzosamente, de ellos guardará la historia un recuerdo.

La raza latina, toda ella gobernada por repúblicas, menos España é Italia, pero con la diferencia que ésta es de origen revolucionario, siempre luchó por el nombre para que éste le diera la cosa: nuestra imaginación nos hace amar con un mismo deseo realidades y apariencias. Pero en esta marcha hacia

la República, que parece dispuesto á emprender el pueblo español, es preciso que la execute mirando siempre adelante, no volviendo la vista atrás ni á ninguna parte para mirar quiénes siguen, que todos serán nobles y esforzados los combatientes del Ideal, y todos merecerán bien de la patria.

Para infundir miedo al adversario, lo mismo que para vencerle, sólo puede adoptarse una fórmula por los republicanos: *No queremos amigos á la derecha; no queremos enemigos á la izquierda.* Poco han de importar los nombres, mientras sean firmes las convicciones que han de garantizar el triunfo. Va siendo hora que un partido que tiene por base la soberanía nacional, es decir, la plena autonomía del individuo, deje de discutir quién nos traerá la República; va siendo hora que todos, porque no hay nadie libre de pecado, piensen en la propia actuación, que la República será más firme que una roca cuando lo esté en el corazón de todos.

Cuando nuestros adversarios estrechan las filas para defender los privilegios, ¿habremos de ser tan insensatos mirando quiénes son los mejores, ó quiénes se lo dicen?

En Inglaterra se conoce con el nombre de *round heads* (pelados) los que lucharon contra la tiranía.

En Francia fueron los *sans culotte* que tomaron la Bastilla y derrotaron á los reyes de Europa; en Portugal han sido todos los republicanos que han conquistado la República y nadie ha sido indigno.

Para instaurar un régimen de soberanía individual, el único que la razón admite, han de entrar en batalla todos los combatientes de la Razón, si no queremos que nuestras querellas den el triunfo al enemigo.

En la hora presente resultan las posiciones perfectamente deslindadas; los defensores de la monarquía siguiendo el destino de la Iglesia que camina al oca-so, por un lado: por el otro, la fuerza oculta que en cada uno de nosotros late, fortalecida por las victorias obtenidas, señaló sus propios destinos.

Pensemos que vamos quedando solos en Europa y en el mundo; fuera de aquí, nadie se acuerda del Cielo si no es para estudiar los astros; aseguran todos el reino de la tierra.

¿Será mucho pedir, pues que tenemos armas mejores, que confundamos á los ergotistas de

por acá, dándoles á entender que no pueden ser más obstáculo á la marcha de este pueblo?

Hombres de ideal, como quiera que lo concebais, recordad sencillamente que la unión hace la fuerza. Será un traidor, consciente ó inconscientemente, quien intente quebrantarla.

CHANTECLER.

Trio Pichot - Costa

A continuación publicamos el programa del concierto que don Luis Pichot (violinista), don Ricardo Pichot (violoncelista) y don Eladio Costa (pianista), darán esta noche en el Coliseo Imperial.

El Trio Pichot-Costa se ha dado á conocer relevantemente ante los públicos más refinados y más exigentes de París, Berlín, Madrid y otras grandes capitales. Consiguientemente, huelgan las palabras de loanza que podríamos prodigarles.

Deseamos que, por el buen nombre de la cultura de Gerona, nuestra sociedad haga hoy acto de presencia en el Coliseo, pues ocasiones tan favorables al arte, como la de esta noche, muy raras veces se presentan en nuestra ciudad.

Programa

PRIMERA PARTE

- Trio op. 8 si mayor. Brahms
 a) allegro con moto.
 b) Scherzo (allegro molto).
 c) Adagio non troppo.
 d) Finale (allegro molto agitado.)

SEGUNDA PARTE

- Minuetto. Mozart
 Berceuse. G. Fauré
 Humoreski. H. Dvorak
 Polonaise en la. H. Wieniawski

VIOLIN: Luis Pichot)

TERCERA PARTE

- Trio op.—1—fa menor. C. Frank
 a) andante con moto.
 b) allegro molto (allegro maestoso)
 Piano de Concierto Ortiz & Cussó

COMENTARIOS BREVES

EL LUCHADOR

Mi venerable amigo el obispo de Jaca, esa fiera del parlamentarismo, ha dado estos días un estirón fenomenal. Don Antolin, acometedor, bravo, claro, contundente, se ha puesto en jarras frente al Sr. Canalejas y ha intentado anegarle bajo una chaparrada de acusaciones duras, de juicios desdeñosos, de negativas violentas. Don Antolin, más que un florentino, es un almogávar en estas lides oratorias, y sus argumentos, mejor que agudos y acerados, son romos y graníticos. Prefiere la piedra á la espada, y consigue más fácilmente contusionar á su adversario que herirle en lo profundo.

No hemos de censurar estas condiciones del pío luchador, un poco gárrulo y un poco inconsistente, como casi todos nuestros luchadores. Pero si consideramos digna de respeto la

superficialidad cigarrón del señor obispo, no nos creemos obligados á dar por buenas sus aseveraciones. Don Antolin ha dicho estos días muchas cosas de castizo gracejo, zumbón é irrespetuoso, y con sus palabras acedas—que á pesar de su acritud «no han sido fiel expresión de su temperamento»—ha pretendido disparar sobre el señor presidente verdades como puños,

Estas verdades son las que nos atreveríamos á discutir. Afirma mi venerable cofrade que el clero parroquial «no necesita que se le aumente el sueldo á costa del de los obispos». ¿Que no, Don Antolin? El clero parroquial se muere de hambre; en Madrid hay curas que piden limosna, curas que ayunan todo el año, curas que visten calzones de aspillerá, curas que agéncianse un sobresueldo escribiendo á máquina, administrando fincas, hasta cosiendo botas. ¿No necesitan que se les aumente el sueldo?

En cambio, hay obispos que se embolsan tantos millares de pesetas como *Bombita*, y que miran con lástima á esos pobres compadres suyos—centenistas del episcopado—que sólo ganan lo que un triste consejero de la Corona. Eso no es justo, Don Antolin. No es justo que suspire, traspillado y famélico, un cura—tan representante de Jesucristo como usted—, mientras se atiborra de perdices un obispo. A mayor jerarquía eclesiástica—puesto que en la Iglesia se asciende por virtud—corresponde mayor humildad, mayor desinterés, mayor desprecio á las voluptuosidades de los hombres que nos hundimos en el lamedal de los pecados.

Esta es la sana, la única doctrina, la que defendería un luchador que no quisiera sustraer sus bienes á la justa codicia de los menesterosos, la que defendería un verdadero luchador cristiano

Parmeno

De París á Bruselas

EN AEREOPLANO

Relato de Winmalen

«Mi partida de Issy-les-Moulineaux fué laboriosa. Llegué allí con la intención de emprender el vuelo á las cinco y media de la mañana, á fin de estar de regreso en París antes de la noche; esperé en vano al cronometrista, y, al fin, á las siete y treinta y siete, un representante del Automóvil-Club, de Francia, me dió la salida.

Al punto Dufour y yo, nos elevamos en nuestro aparato á 400 metros y nos alejamos de Saint-Denis, dando la vuelta á París por encima de nuestros bosques. Estamos ya á 500 metros de altura, y continuamos subiendo.

En Louvres hacemos señas de que todo va bien á los automovilistas que allí nos esperan, y empeñamos con ellos un «match» bien divertido, del que salimos vencedores.

En Compiègne, á 1.000 metros sobre la población, vemos á nuestros amigos perderse en las revueltas de

las calles, y sin ocuparnos más de aquellos seres terrestres, seguimos nuestro vuelo á lo largo del Oise, hasta Chauny, pasando por Noyon.

Desde allí vamos directamente á San Quintín, en donde se ha convenido en hacer el primer aprovisionamiento.

A las diez y cuarto tomamos tierra y á las diez y cuarenta y cinco, de un solo golpe de hélice, nos ponemos en movimiento, y de un solo golpe del equilibrador vamos de nuevo hacia el cielo.

Pasamos Bohain-le-Chateau, la selva de Mormal y Pavay. Llegamos á la calzada de la frontera...

Hasta ahora el viaje se ha hecho sin ningún incidente; pero entramos súbitamente en la bruma y no vemos absolutamente nada. Derivamos un poco hacia el Este, y de pronto me anuncia Luis Dufour que no sabe donde nos encontramos.

No hay otro remedio sino descender desde la altura de 500 metros á que volamos para pedir que alguien nos señale el camino.

¡Qué alegría para los habitantes de Pontalces, que no han visto en su vida un aeroplano! Cuatro campesinos tienen el aparato mientras Dufour pone de nuevo la hélice en marcha y salta á ponerse en pié sobre su asiento para dar las gracias por su concurso á aquellos honrados paletos. Damos una vuelta sobre sus cabezas, y vamos á concluir la segunda etapa de la expedición.

Desde que divisamos el Palacio de Justicia de Bruselas, derivamos á la izquierda para tomar tierra lo más pronto posible. Yo no sabía qué cantidad de esencia quedaba en el depósito, ni si habría bastante para que pudiéramos entretenernos en contemplar la capital de Bélgica á vista de pájaro; por otra parte, un golpe de viento que me obligó á hacer una peligrosa virada, me hubiera quitado las ganas de tal contemplación, si las tuviese.

Es la una y treinta y cinco cuando tomamos tierra sobre lo que será el «Issy-les-Moulineaux» de Bélgica. Parada y fonda para el aparato y para los pasajeros.

Gracias á la amabilidad y á la diligencia oficiales, estamos despachados y podemos emprender el camino de Francia á las dos y diez minutos. Esta vez, sí, nos damos un poco de tono. Describimos dos círculos perfectos para tomar la altura; nos lanzamos derechos sobre el Palacio de Justicia, luego sobre la estación del Mediodía, y volvemos á nuestro punto de descanso, después de ver Bruselas, en cuyas calles millares de pafielos blancos nos saludan.

Al fin partimos. En esta tercera etapa, durante la cual no pasamos de 500 metros de altura, sufrimos algunos remolinos. Antes había soplado el viento con moderación.

En la frontera vemos que los aduaneros belgas agitan sus pafuelos cuando pasamos, y unos metros más lejos hacen lo propio sus colegas franceses. ¿Es que nos ovacionan ó es que nos maadan detenernos? Preferimos creer en la ovación y seguir hasta San Quintín.

Henos de nuevo en tierra, helados, cansadísimos, Mi brazo derecho que